


cisamente lo que yo encuentro en Ud. y en el colega uruguayo. Si fuera más afecto a la pluma, diría otras cosas.

Conservamos aquí un recuerdo gratísimo de su reciente visita. Por lo que a mí toca, espero que pronto tendré el placer de verle allí, en su Universidad de Concepción, que Ud. ha creado.

Reciba un saludo cordialísimo de su amigo y admirador.  
—(Firmado) DR. CORIOLANO ALBERINI.

  
<https://doi.org/10.29393/At192-11SEDH10011>

LA SERPIENTE EMPLUMADA, novela de *D. H. Lawrence*.— Buenos Aires

En esta obra se muestran en singular forma los rasgos esenciales de la novelística lawrenciana: para él la novela no es un fin en sí, una creación pura, sino un medio, un vehículo de expresión de las inquietudes y problemas humanos que le preocupan. Su obra se inclina no hacia el espíritu o al sentimiento, sino «a esas fuerzas intuitivas, obscuras de la tierra, del sexo», fuerzas en las cuales el espíritu encuentra su fuente y sin las cuales nada es. Y por eso pone gran acento en torno a la personalidad de la mujer que es la única que encuentra dimensión psicológica en su obra, mientras que el hombre aparece casi siempre como un representante anónimo, despersonalizado de las fuerzas telúricas e instintivas. Aquí esos caracteres llegan a su extremo. La única novela de Lawrence en que aparecen verdaderas personalidades, tanto femeninas como masculinas, es *Kangaroo*.

Su trama puede referirse en pocas palabras. Kate Leslie, inglesa aburrida de Europa, se halla en México, quien se siente atraída por las actividades de dos generales mexicanos que pretenden resucitar los antiguos cultos aztecas, de Quetzacoatl y de Huitzilopochtli, llegando incluso a los sacrificios humanos.

Resalta aquí esa pugna entre la naturaleza espiritual europea de Kate y el medio frente al cual experimenta repulsión al mismo tiempo que una misteriosa atracción. Su primer choque psíquico lo encuentra ante una corrida de toros, cuyo espectáculo sangriento la hace abandonar el espectáculo (Cap. I). Luego emigra al interior, atraída por la fama de don Ramón, el general que quiere ser el nuevo Quetzacoatl. Don Ramón ha creado una liturgia para celebrar a los dioses fenecidos que desea resucitar. Y crea himnos de extraña belleza, en los cuales se deslizan finamente entrelazados los tópicos fundamentales de la ideología lawrenciana. Escojamos algunos:

«No hay nada que dar ni tomar. Cuando los dedos que dan tocan a los que reciben, la Estrella de la Mañana resplandece al contacto y el jazmín brilla entre las manos. No existe, pues, ni don ni aceptación, ni mano que se tiende, ni mano que recibe, sino que la Estrella es todo, y la mano clara y la mano oscura son invisibles. No penséis en dar ni en recibir; dejadlo para la flor del jazmín... No tomes nada para decir: esto me pertenece. Porque no hay nada que puedas poseer, ni siquiera la paz. No debes decir de nada: esto me pertenece. Dí sólo: esto está conmigo...». ... «Y dile a la paz; Levántate estrella inmortal. Ya las aguas del alba me inundan arrastrándome en su corriente...». «Y dí al dolor: eres un hacha que me destroza. Y sin embargo, de tu filo y de mi herida surge una chispa. Y escucha a tu amor que dice: «Querido, tu espada me ha segado como la hoz siega la hierba y la oscuridad descende a mí... Para mí eres las Tinieblas y el Caos... Háblame, dime sencillamente: La estrella ha salido entre nosotros... etc.»

A través de esta urdiembre poética Lawrence expresa sus ideas de que la vida debe predominar sobre el espíritu, lo instintivo sobre lo inteligente. Kate siempre atraída y repelida por los ritos termina por unirse al lugarteniente de don Ramón, a la reencarnación de Huitilopchtli, don Cipriano.

En esta novela Lawrence se enfrenta con los sudamericanos, mostrándonos algunos aspectos de México, a cuyos habitantes los hace vivir en un medio en que la civilización y la primitividad se mezclan confusamente sin llegar, no obstante, a unirse. Habla del mundo americano como un mundo distinto al europeo, un mundo en el cual no predomina «el cerebro, sino la columna vertebral», un mundo en el cual predominan las fuerzas oscuras instintivas del sexo, la tierra y la muerte. Y su punto de vista aparece expresado con rara claridad entre la vaguedad lawrenciana en estas líneas que sacamos de su obra:

«Kate tenía una sensación extraña en México: parecíale co-dearse con una humanidad prehistórica, del período glacial o anterior aún, cuando la tierra estaba fría los mares vacíos y los terrenos eran de formación diferente; cuando inmensas llanuras como la Atlántida se extendían hasta los océanos... En aquella época existía una raza misteriosa, de sangre caliente, que poseía una civilización propia... Las aguas dividieron a las gentes en naciones separadas... En América la sombra del período antediluviano era a veces tan densa que Kate perdía la noción de la humanidad histórica y comenzaba a volver a la antigua manera de consciencia, sutil y oscura, no cerebral sino vertebral. En ella, la fuerza del hombre estaba en la sangre y en su médula, y había entre los individuos una extraña intercomunicación, como la que también había entre el hombre y los animales... Lo que en América es aborigen pertenece todavía a la raza antediluviana, anterior al espíritu. Por eso en América la vida espiritual y mental de la raza blanca florece rápidamente, lo mismo que la mala hierba en una tierra virgen. Probablemente se mustia con igual rapidez, y la muerte lo destruirá todo. Y entonces, un germen potente, un nuevo concepto de la vida, surgirá de la fusión de la antigua conciencia intuitiva de la sangre y de la intelectual y razonada del hombre blanco. De esta fusión nacerá el nuevo ser...»

En estas palabras puede compendiarse el problema y la es-

peranza del hombre sudamericano. Muchos europeos han coincidido en considerar a Sudamérica como un continente extraño a la civilización, anterior al espíritu. Ya Keyserling en sus «Meditaciones sudamericanas» había dicho de América que era el continente del «séptimo día». América, pese a su intensa apropiación de todas las formas de la civilización europea, no hace sino utilizarlas como medios para la actividad externa, sin llegar a posesionarse de su espíritu, de su esencia. Y por eso, como Sudamérica aun no ha nacido como pueblo realmente independiente, como aun carece de fuerza creadora propia y como al mismo tiempo, es extraña al espíritu europeo, no puede sino apropiarse superficialmente de la civilización europea y poner el sello máximo, la capital importancia en lo exterior, en la apariencia. América Latina es el continente del futuro. En él nacerá con el tiempo una nueva cultura, un nuevo sentido de la vida, que será esencialmente distinto al europeo. Una cultura en el sentido estricto no nace de la noche a la mañana y no basta para ello en modo alguno la decisión consciente de algunos hombres de buena voluntad que coleccionan los restos de las culturas fencidas. Es tarea de generaciones, de siglos. Y como América aun no comprende la cultura europea, por eso ésta se refugia en pequeñas minorías en grupos aislados, los cuales se hallan distanciados del resto de la sociedad.

Pero Lawrence no ahonda más en este problema americano. Su actitud es la corriente del europeo que llega por primera vez a América. Pero el valor de esta obra consiste en que estriba a meditar más hondamente en el problema de nuestro tiempo, que preocupa a los espíritus más avisados de este continente.

La traducción, hecha por Carmen Gallardo de Mesa, nos entrega en su pristina pureza el lirismo del original inglés, trasvasando fielmente a nuestro idioma el singular acento de la prosa y poética lawrencianas. —JORGE MUÑCZ R.



GEDITCHE, poesías de *Rainer María Rilke*. Traducción y prólogo de Y. Pino Saavedra. Editorial Nascimento, Santiago.

Para el que quiera conocer exactamente lo que es la poesía de Rainer María Rilke, tan desconocida entre nosotros, y para el que quiera más bien gustarla en sólo su sabor y aroma, este volumen de traducciones jalonadas, diríamos, de la obra del sutil poeta alemán, hecha por Yolando Pino, tiene una importancia inicial y reveladora.

La figura de Rainer María Rilke, melancólicamente nebulosa y llena de difíciles encantos, como esa luz de luna que cae sobre un bosque nórdico sin revelar todo su misterio, queda sin embargo manifestada aquí con toda la sencilla claridad que el traductor ha logrado extraer de su poesía. Poeta novísimo, en el sentido afirmativo de la palabra, y de una ultrasensibilidad, atormentada de abstractas inquietudes infinitas, logró dar forma adecuada a sus creaciones poéticas, que van desde el sencillo límite de la balada hasta los horizontes perdidos de la mística elegía desconcertadora. Desconcertadora, no por incoherencia formal del verso ni por inconsistencia esencial de los conceptos e ideas, sino por lo imprevisto del sentido, que bajo un régimen de estricta lógica y correlación rige a cada paso, o a cada vuelo, su inspiración. Tal en los Sonetos a Orfeo, y especialmente en las Elegías de Duino:

«¿Quién me oiría entre la jerarquía de ángeles,  
si yo gritara? y supuesto que alguno  
me tomase de pronto sobre su corazón: perecería yo  
por su existencia más fuerte. Pero lo bello no es más  
que el primer eslabón de lo terrible...»

.....

«Voces, voces. Escucha, corazón, como antes sólo  
los santos escuchaban: de modo que el inmenso llamado

los alzaba del suelo; mas de rodillas  
seguían impasibles, sin prestar atención:  
así escuchaban. No que con mucho pudieras de Dios  
la voz soportar. Pero escucha el soplo  
del mensaje incesante, que se forma de silencio».

(La Elegía Primera; págs. 161 y 165).

Todo el fondo de la poesía de Rilke está impregnado de un personalísimo misticismo. Y este misticismo está determinado ante todo por la sensación y la obsesión de la soledad. De una absoluta soledad, viva, acompañadora y acogedora de las miradas y del espíritu, y en la cual los ojos pueden buscar por todas las dimensiones, la silenciosa manifestación y presencia de Dios, de un Dios. Porque el hombre, y él, Rainer María Rilke, tiene necesidad de un Dios, de un Dios bueno e íntimo: lo necesita, lo inquiere, y lo «vive», y si no existiera debería crearlo. Y al contrario, si el hombre mismo muriera, dejaría también Dios de existir. Así es el misticismo de este poeta: va de adentro hacia afuera. Así al menos lo entendemos nosotros, en sus poesías y en las obras en prosa que de él hemos leído, particularmente en *Las Historias del Buen Dios*.

Este espíritu y esta tendencia poéticos, aunque no expresos muchas veces, fluyen en casi todas las páginas de su obra y de su vida misma. Es, al revés del misticismo teológico o panteísta, más un íntimo anhelo de perfección, o que afán encendido de posesión. En cualquier poesía del poeta, que leamos, encontramos una humana y santa intención hacia ese ser único y eterno:

«Las hojas caen, caen como de la distancia,  
así como lejanos jardines de los cielos  
que empiezan a secarse.

Y la pesada tierra por las noches cae  
de todas las estrellas de la eternidad.

Todos caemos. Esta mano ahí cae.  
Y contempla las otras; en todas es igual.

Y sin embargo, hay Uno que en sus manos  
infinitamente suaves  
sostiene este caer».

(Otoño; pág. 49)

.....

«Como el *vigía* su cabaña  
tiene en las viñas y vigila,  
soy cabaña, Señor, entre tus manos  
y una noche, Señor, soy de tu noche».

(Como el *vigía* . . . ; pág. 81)

Quizá sea un «poco demasiado» literal la traducción que Yolando Pino ha hecho de las poesías de Rilke; lo que no ha de restarle, en todo caso, valor ante el interés de los estudiosos. Claro que la técnica, sumamente difícil, y la especial índole estética e ideológica del gran poeta germano requerían, en último término, para poder vencer las dificultades de una fiel interpretación, un procedimiento sistemático y ceñido, y éste ha sido el que escogió el traductor. Para mayor aporte a su propósito, ha tenido la excelente idea de dar correlativamente, en cada poesía, la transcripción en el idioma original. Con el claro y bien sintetizado estudio que el traductor hace del poeta, se precisa la visión y la impresión cabal que el lector puede formarse de éste.

Los gustadores de la libre poesía han de agradecer también

a Yolando Pino, la ardua tarea de extraer del idioma alemán las difíciles mieles, que requieren ciencia y conciencia para conocerlas y hacerlas conocer.—GUILLERMO KOENENKAMPF.



SOMBRAS EN LLAMAS, por *Sofía Espíndola*. — Editorial Zig-Zag

No conocemos antecedentes de la autora. La novela por sí sola nos dice que está llamada a tener un verdadero éxito. El estilo en que está escrita es liviano. Su trama es novedosa, el desarrollo va despertando interés a medida que se va leyendo. Es una novela psicológica y realista a la vez. Su argumento tiene todos los caracteres de un drama, de una tragedia familiar. El ambiente donde viven los personajes es un pueblecillo que invita al desgano, al vicio y a la degradación. Los habitantes en su mayoría, son gentes despreciables. A este lugar llega un médico joven con su esposa. Transcurre el tiempo sin contrariedades. Ambos hacen una vida feliz y beneficiadora. El médico se sacrifica. Ella colabora. Pero el tiempo se alarga. Ella termina por hastiarse. Circunstancias que no pueden evitarse obligan a la esposa a marcharse del pueblo. Comienza el médico, mejor aun el hombre, a sufrir la ausencia de su esposa. Le ocurren perturbaciones nerviosas y mentales. (Es esta parte de la novela lo más interesante y lo mejor escrito que hay en todo el libro). El médico se rodea de perros. Nace en él un sentimiento indescifrable que lo acerca a estos animales. Un espíritu maligno corre en el ambiente, que poco a poco va haciendo presa y poniendo sombras en su mentalidad, y envenenando su vida. Se acerca su estado a la locura. Pasan escenas. Observaciones que nos hace considerar a la autora con dones sobresalientes de novelista. El capítulo último es atrayente por lo singular. «Pachumbo», su perro predilecto, despierta en su amo un odio indescriptible. Se decide por fin ma-